
ETTY HILLESUM: UNA VIDA PLENA

Thérèse de Scott

«¿Podríamos mostrar al mundo que se puede “trabajar” en esto: en la conquista de la paz interior? Con un interior productivo y confiado, continuar viviendo, por encima de las angustias y de los rumores?» (ENG, p. 568, 22 sept. 1942)

Introducción

Fue una joven holandesa de veintinueve años, que amaba apasionadamente la vida. Desapareció en Auschwitz el 30 de noviembre de 1943, sólo dos meses después de su deportación desde el campo de tránsito de Westerbork donde se alistó como voluntaria en julio de 1942, en nombre del Consejo judío de Amsterdam, para ayudar a toda la gente que enviaban a «trabajar a Polonia». Judía también, Etty (Ester) Hillesum era doctora en derecho, soltera aún. Esperaba llegar a ser escritora. Hacía diez años que vivía en Amsterdam, al sur de la ciudad. La guerra y la ocupación alemana habían interrumpido sus estudios de ruso, que cursaba en las universidades de Amsterdam y Leyde. En 1940, su padre, Louis Hillesum, fue destituido por los nazis de sus funciones de Director del Instituto de Enseñanza Media de Deventer, por las mismas razones. Desde 1937, la joven vivía en casa de un experto contable holandés, Hendrik Wegerif, que era viudo. Se alojaba sin pagar pensión a cambio de prestar algunos servicios en el mantenimiento de la gran casa, en la que vivían además otras personas. Como su madre, Rebecca Bernstein, que había huido de Rusia en otros tiempos, Etty daba clases particulares de ruso. Fue entonces cuando, durante veinte meses, escribió su diario íntimo, a partir del 9 de marzo de 1941. Poco antes, había empezado una psicoterapia con un judío berlinés, Julius Spier, que vivía en su barrio; se convirtió en su secretaria y en su amiga.

Cuando la persecución se endureció, en julio de 1942, Etty Hillesum se dejó convencer por su hermano Jaap, entonces médico del hospital judío, para aceptar un modesto empleo en el Consejo judío de Amsterdam, con el fin de evitar una deportación inmediata. En esa «casa de locos», como ella escribió, sólo trabajó quince días y con mala conciencia, hasta el 30 de julio; después tomó la decisión de ir a Westerbork como asistente social en el servicio de ayuda a los que partían. De este período, interrumpido por tres estancias en Amsterdam, principalmente por razones de salud, se conservan ochenta cartas entre las escritas por ella a sus amigos y las recibidas. Estas cartas, en un trágico crescendo, reflejan los sentimientos de compasión activa, de humanidad conmocionada, de quien quería ser «un bálsamo derramado sobre tantas heridas», «el corazón pensante de los barracones».

De ella sabemos poco: algunos datos biográficos, un puñado de fechas entre 1914 y 1943, de un tiempo de matanza atroz a un tiempo de desastre (...). De ella conocemos lo esencial, la maduración, la eclosión, el impulso inmenso de una fuerza interior, de una fuerza desnuda, cada vez más desnuda y más libre, inmune al poder del mal que hacía estragos entonces. La fuerza de una fe inquebrantable en la vida, en la humanidad, en Dios, a pesar de todo -desafío de amor. La fuerza y la franqueza (en el doble sentido de independencia y de sinceridad) de una fe libre de cualquier dogma, anclada por igual en este mundo y en lo invisible, amaba incondicionalmente tanto este mundo, el pesado manto del tiempo, como la eternidad que presentía.

(¹)

Este juicio de Sylvie Germain –novelista pero también filósofa pues fue alumna de E. Levinas– apunta exactamente hacia la fuente de esa fuerza interior de Etty Hillesum, que no es sólo cuestión de temperamento, sino el fruto de su fe: una fe amorosa, un amor lúcido. El diario y las cartas que nos han llegado, jalonan la breve y fulgurante historia de una sanación interior que es también una conversión a sí misma, itinerario hacia sí misma y hacia Dios. Y un don.

En octubre de 1942, un mes después de la muerte de Julius Spier, cuando, confinada en su pequeña habitación de Amsterdam, la

joven se repone de un total agotamiento, anotaba, haciéndose eco del Eclesiastés:

Vanidad de vanidades – pero lo que no era vano, era descubrir en mí que yo estaba en condiciones de hacer una confesión total de mí misma a alguien, de ligarme a él y de compartir con él la angustia presente – esto no es vanidad. ¿Y lo demás? – él ha despejado para mí el camino que va directo a Dios, después de haber abierto primero, con sus humildes manos humanas, su propio camino. (2)

El problema editorial

En su cuarta y última partida hacia el campo de Westerbork, el 5 de junio de 1943, Etty Hillesum confió a una amiga enfermera, María Tuinzing, los cuadernos que había escrito hasta octubre de 1942, y le encargó que se los entregara a Klaas Smelik en caso de que ella no pudiera volver. Al releerlos alguna vez para mantener el «contacto consigo misma», Etty pensaba, sin duda, en una eventual publicación. Estos diez cuadernos –el cuaderno número 7, de mayo de 1942, falta– hacen un total de 1.300 páginas.

Por razones aún desconocidas, el hijo de Klaas Smelik no los pudo editar hasta 35 años después de la guerra. El editor, J.G. Gaarlandt, publicó, en 1981, una extensa selección del diario bajo el título *La vie bouleversée: journal d Etty Hillesum, 1941-1943*, y, al año siguiente, apareció una selección de 40 cartas bajo el título: *El corazón pensante de los barracones*. Estas dos primeras publicaciones sirvieron de base a las numerosas traducciones que le siguieron, más de catorce hasta hoy.

No obstante, hay que señalar que, previamente, desde 1943, circuló una edición clandestina de dos textos de nuestra autora, bajo un título falso, con hechos camuflados y algunos nombres suprimidos(3). El primer texto era un conjunto de reflexiones, seguido de una descripción detallada de la dramática situación en el campo de Westerbork que había sido redactado por Etty Hillesum durante el invierno de 1942, en una de sus visitas a Amsterdam; iba dirigido a

«dos hermanas de La Haya». El segundo texto era una carta muy larga a Hendrik Wegerif y los suyos desde Westerbork, el 24 de agosto del 43, muy poco antes, pues, de la deportación de Etty a Auschwitz. Estos textos, restablecidos según el original, ahora perdido, se reeditaron en Holanda en 1959, 1962 y 1978.

Tras la edición de *La vie bouleversée...* de 1981, la publicación de la obra completa de Etty Hillesum tuvo que esperar aún cinco años. Apareció en Amsterdam en 1986 bajo el título: *ETTY. Los escritos póstumos de Etty Hillesum, 1941- 1943*⁽⁴⁾. Era una edición erudita, de 874 páginas, con aparato crítico, índice, una bibliografía sumaria y más 120 páginas de notas muy documentadas⁽⁵⁾. En 1983 se creó una Fundación Etty Hillesum en Amsterdam y, poco después, se abrió un Centro Etty Hillesum en Deventer, la ciudad en que la familia Hillesum había vivido durante años, antes de que la trasladaran a un ghetto de Amsterdam en 1943. En los últimos diez años, se multiplican exposiciones, publicaciones, coloquios, obras de teatro y emisiones radiofónicas sobre Etty en Europa y en América.

¿Por qué esta demora de cuarenta años si el *Diario de Anna Frank* se publicó nada más acabar la guerra? Anna Frank era sólo una niña. Escribía su diario crispada por el miedo de una traición, recluida con los suyos en un granero y apartada del entorno social por lo tanto. Etty, en cambio, era una mujer adulta, cultivada, con formación universitaria, abierta a relaciones múltiples, a menudo de una gran intensidad. Muy libre en sus relaciones afectivas y sexuales, más «liberada» de lo que estaban los jóvenes de su tiempo en general, llevaba una vida casi conyugal con Han Wegerif, cosa que no gustaba nada al hijo de éste. Y mientras, simultáneamente, su trato con Julius Spier se convertía en una nueva relación... Por otra parte, en Amsterdam habían vivido más de la mitad de los judíos de Holanda, sobre todo en la parte sur, que fue escenario de acontecimientos de una brutalidad excepcional, en los que pesaron mucho complicidades, traiciones y vilezas. Y Etty, en su diario, sin hacer crónica de su tiempo, citaba hechos y nombres...⁽⁶⁾

Además, justo en el momento en que la «solución final» iba a ser inexorable fue cuando Etty ejerció su actividad en el marco, ambiguo, del Consejo judío, de alguna manera protegida por esta estructura administrativa que controlaban los nazis, y, sin embargo, comprometida en un camino sacrificial de presencia humana solidaria. Por pertenecer al Consejo judío, algunos escaparon a la Shoah. No así Etty. En definitiva, si creyó que podía retrasar un tiempo su partida y la de alguno de los suyos, fue totalmente impotente para frenar y sortear la maquinaria que aniquilaba tantas vidas. Sus amigos, quisieron salvarla y le ofrecieron la posibilidad de esconderse, pero ella la rechazó reiteradamente. Había situado en otra parte su lugar de resistencia: en la interioridad de su conciencia. Como tantos otros deportados tal vez, dejaba estas cuestiones abiertas: ¿había que preferir la propia vida a la de otros? ¿Porqué querer compartir el destino de una masa y cómo hacerlo?

Las cicatrices que dejaron en el país las ruinas de la guerra y la infamia de la colaboración con el enemigo podrían explicar el retraso de la publicación del diario de Etty. Hay que tener en cuenta que, en Holanda, la ocupación alemana fue particularmente dura para los judíos a causa de la marcha a Inglaterra de la reina Wilhelmine y del Gobierno cuando la capitulación del ejército el 15 mayo de 1940. Esta partida originó un vacío político que en seguida se cubrió mediante el nombramiento de un gobernador civil nazi, Seyss-Inquart, apoyado por el jefe supremo de las SS y de la policía, Rauter, así como por un director de asuntos económicos, Fischböck. Podemos pensar que los holandeses que estuvieron implicados en la persecución de los judíos y en la expoliación de sus bienes –hubo 105.000 muertos, 95.000 en Sobibor y en Auschwitz– temían la reapertura de las heridas. El diario de Etty Hillesum y sus cartas de Westerbork dejaban entrever la extrema gravedad de estas heridas. Era necesario que pasara el tiempo, que algunos aceptaran dar su testimonio y que otros ya no estuvieran vivos, para poder publicarlo.

La escritura del diario

El creciente éxito editorial de la obra de Etty, en especial en los últimos diez años, ¿es únicamente un fenómeno de moda? ¿Responde tan sólo a los sentimientos recurrentes de culpabilidad colectiva que aún habitan en la conciencia europea, cincuenta años después de la Shoah, ahora que el violento conflicto árabe-israelí viene a reabrir las heridas de la larga historia antisemita? El que algunos autores cristianos hayan sacado a la luz el itinerario espiritual e incluso místico de esta joven judía, cercana al cristianismo por su sensibilidad y su cultura pero a la vez muy liberada desde el punto de vista de la moral conyugal, ¿no podría ser una forma solapada de resignarse a la deriva de las costumbres actuales? O también, la pasión amorosa que Etty Hillesum vivió, en su relación de psicoterapia, con Julius Spier, ¿no sería sólo un banal episodio de «transferencia» entre analizado y analista, magnificado por la expresión literaria? Estas prevenciones existen y se les puede encontrar algún fundamento. Pero son muy reductoras. Etty Hillesum fue una mujer que eligió «tomarse en serio lo serio» de su vida personal en un momento de crímenes contra la humanidad. Intentó expresar por escrito, con palabras veraces, su vida profunda. Hay un «tono» en su forma de expresarse que no engaña. Su obra escrita es inseparable de la obra que fue su vida, con la que formó un todo. Escribir le dio plenamente su dimensión humana. ¿No es esto precisamente lo que le confiere un alcance universal definitivo?

La redacción del diario que ha llegado hasta nosotros sólo duró veinte meses, de marzo del 41 a octubre del 42. Por eso, «fulgurante» no es un adjetivo exagerado para expresar el tipo de impresión que experimenta el lector al entrar en contacto con las páginas ardientes en las que pensamiento y emoción se conjugan para expresar, de una manera muy ajustada, el esfuerzo de un ser humano que se busca y consigue encontrarse en medio del barullo de sentimientos personales y de convulsiones colectivas de una época caótica. Fulgurante en la profundización de la conciencia de sí, de la que la joven se maravilla, y en la comprensión de una época de inquietante opacidad.

Fulgurante en el control del sufrimiento psíquico que atormentaba su ser desde tiempo atrás, y en la apropiación del sufrimiento exterior procedente de los acontecimientos y del desconcierto de los demás. Fulgurante en el asentimiento súbito a la muerte ineluctable. «Quieren nuestro exterminio total; hay que aceptar esta verdad y todo irá mejor», escribe el 3 de julio del 42 al enterarse, por una emisora británica, del asesinato de setecientos mil judíos en Polonia. Fulgurante, la transfiguración de su angustia personal en compasión activa dentro del embrollo de los dramas que se multiplicaban en el campo de Westerbork. Fulgurante, el «resplandor» –casi diría yo– de quien se alza con fuerza para resistir interiormente a una cultura de muerte y de violencia a través de la afirmación de que «la vida es bella a pesar de todo». La obstinación misteriosa de este «a pesar de todo» es realmente el *cantus firmus* –como decía Bonhoeffer– de estos últimos meses de la vida de Etty Hillesum: el indicio más significativo de que la fe la habitaba y le permitía vivir la alegría de ser pese a atravesar tantos tormentos.

«¡Me gustaría tanto sobrevivir –escribió la tarde del 20 de julio de 1942, recordando su oración de la mañana temprano, antes de dirigirse a pie a la oficina del Consejo judío– para transmitir a esta época toda la humanidad que he preservado en mí a pesar de los hechos de los que soy testigo cada día. Nuestro único medio de preparar nuevos tiempos es prepararlos en nosotros». (VB, p. 184)

Y, al día siguiente, Etty vuelve sobre este deseo y expresa lo que, en su opinión, reviste la exigencia propia de una misión:

«Me siento depositaria de un precioso fragmento de vida con todas las responsabilidades que esto implica. Me siento responsable del sentimiento grande y bello que la vida me inspira y tengo el deber de intentar transportarlo intacto a través de esta época para alcanzar días mejores. Esto es lo único que importa. Tengo continua conciencia de ello». (V.B. p. 186).

La asidua escritura de su diario fue instrumento privilegiado de esta toma de conciencia personal del principio de humanidad como tesoro a transmitir a las generaciones de después de la guerra. Fue decisivo el encuentro con Julius Spier, como una invitación a este

ejercicio. Julius Spier había vivido ya mucho por aquel entonces. Etty, según pensaba, lo conoció en el mejor momento de su vida. Durante dos años, Spier había sido discípulo del psiquiatra y psicoterapeuta suizo Carl Gustav Jung, que se había alejado de Freud y de su método y que desarrollaba, por aquellos años, su reflexión sobre la psicología de las profundidades y el inconsciente colectivo. El inconsciente colectivo de Europa en guerra estaba literalmente sumergido por las fuerzas irracionales del odio y del desprecio. (?)

Etty Hillesum se decide a empezar su diario pocos días después de su primera entrevista con Julius Spier. Este trabajo de autoanálisis, seguramente aconsejado por él, completa y sostiene la psicoterapia a la que ella cree necesario someterse y que sólo continuará durante unos meses. Las cualidades de intuición, la capacidad de reflexión personal y el coraje para no engañarse a sí misma, convertirán rápidamente este trabajo en un camino de profundización, de pacificación y de unidad interior. La joven despliega en él una energía constante, llena de realismo y de dulzura hacia sí misma. Es lo que ella llama: «explicarse con» y «estar a la escucha de sí misma».

Sus encuentros con Spier serán a menudo cotidianos y prolongados. Por sus conversaciones íntimas con él, «verdaderos oasis» en el desierto de las charlas fútiles que tenía que sufrir en la casa de Han Wegerif, y gracias también a la lectura de algunos autores elegidos, a los que integra en la sustancia de su ser, Etty se abre, a través de este camino de sanación psíquica, a la dimensión espiritual de la vida, a la realidad de la oración, a la presencia de Dios en lo más profundo de su ser. Al acceder, por así decirlo, a su «centro» o, mejor dicho, a su «fuente», Etty encuentra las palabras para expresarse y expresar lo esencial de la vida, de sus juicios sobre el alcance moral de los acontecimientos. Le surgen las palabras. Escribir su diario se le presenta como la materialización de su sueño más querido: llegar a ser escritora. Su diario le sirve como laboratorio del alma y taller de su expresión. Al escribir, acorralla no sólo las evasivas y mentiras interiores sino también las vaguedades y exageraciones en las formas de decir.

Le hubiera gustado ser poeta para plasmar sobriamente, como en ciertas estampas japonesas, su sentimiento de la vida.

El elogio que hace a menudo de su escritorio y de su lámpara, a los que añora cuando se siente sumergida en la agitación de Westerbork, son la luz intermitente de una certeza de la que tendrá que hacer el duelo. Escribir es buscar la realización de sí fuera de sí. «Ser» debería bastar. Estar ahí. «Estar con», como una presencia consoladora, cerca de su pueblo en peligro, en los senderos llenos de barro y en los barracones del campo de tránsito.

Hay que olvidar palabras como Dios, Muerte, Sufrimiento, Eternidad. Hay que volverse tan simple y tan mudo como el trigo que crece o la lluvia que cae. Hay que limitarse a ser. ¿He madurado tanto como para poder decir sin trampa: espero que me envíen a un campo de trabajo y poder hacer algo por estas niñas de dieciséis años que deportan?, ¿para poder decir por adelantado a los padres que se quedan: no se preocupen, yo cuidaré de sus hijas? (8)

El camino –difícil preparación– que le condujo, en tan poco tiempo, a este momento es donde se inscribe, precisamente, el mensaje de humanidad de esta joven. Esto es lo que Ety considera como su «pequeña aportación».

Quizá mi misión sea la de explicarme verdaderamente, incluido todo lo que me acosa, me atormenta y pide en mí desesperadamente solución y formulación. Pues estos problemas no son sólo míos sino de muchos... Si al final de una vida larga encontrase una forma para lo que aún es caótico en mí, habría cumplido, quizá, mi pequeña misión. (9)

Cuando, al día siguiente de su contrato en el Consejo judío, el 16 de julio del 42, Ety Hillesum mostró sus cuadernos por primera vez a Julius Spier tras año y medio de escritura, éste se los devolvió con esta simple reflexión: «He leído su diario. Ahora sé que no le puede pasar nada». Para el psicoterapeuta Spier, ayudar a alguien a encontrar su camino era «trabajar un material noble» (10). Pero ese trabajo no había terminado en Ety. En adelante, los acontecimientos iban a ser sus maestros y ella misma, sola con Dios, la artífice de su devenir.

El interés del diario de Etty Hillesum –según Philippe Noble, autor de la traducción francesa– no es ni literario (aunque encontremos cosas magníficas) ni histórico (aunque aporte un valioso testimonio sobre Westerbork, por ejemplo) sino humano, ético, metafísico. Lo que rápidamente suscitó una admiración rayana con el fervor fue su personalidad y su asombroso itinerario interior. ⁽¹¹⁾

Por mi parte, me gustaría añadir a esta apreciación que el empleo del término «metafísico» no debería limitar a filosofía lo que pertenece de la dimensión «espiritual» propiamente dicha, entendida aquí sin un significado confesional pues Etty Hillesum, aun siendo judía, no tuvo una adscripción religiosa explícita. Cuando su madre, Rebecca Bernstein, murmura un día delante de su hija: «en el fondo, yo también soy religiosa», quería decir «creyente» en el sentido de reconocer, más o menos confusamente, la existencia de Dios pero sin vincularse ni adherirse a unas prácticas y a unas doctrinas, cosa que hoy caracteriza a la mayoría de los europeos. Aunque el abuelo paterno de Etty había sido Gran rabino de las tres provincias del Norte de Holanda, los Hillesum no observaban ni el sabbat ni las demás costumbres judías. La familia, establecida en Holanda tres siglos atrás, estaba completamente integrada en la sociedad holandesa.

Para Etty Hillesum, la vida de fe, en el tiempo de su mayor intensidad los años 1942 y 1943, se convirtió, según sus propias palabras, en «un diálogo ininterrumpido con Dios, un largo diálogo» ⁽¹²⁾. Diálogo que se expresa «sin religión» pese a que la experiencia de esta judía está capilarmente irrigada de influencias cristianas y hunde, simultánea y oscuramente, sus raíces en la herencia religiosa y cultural del judaísmo⁽¹³⁾. Sin iglesia y sin sinagoga, Etty Hillesum es una mujer de fe sin fronteras. Acoge libremente lo mejor que le llega a través de conversaciones y sobre todo de su lectura de testigos, pensadores, novelistas y poetas, en especial su querido Rilke.

El encuentro

El mediador principal del descubrimiento religioso de Etty fue, como ya hemos dicho, el psicoquirólogo alemán, Julius Spier, judío

también. Spier era un hombre religioso, que oraba a diario y leía la Biblia. El encuentro entre Etty Hillesum, joven de veintisiete años, y este terapeuta de cincuenta y cinco, fue un desafío para ambos, aunque la dificultad fue asimétrica. El encuentro fue, sobre todo para ella, punto de arranque y apoyo para una maduración tan rápida como excepcional. Sus dones personales, una situación familiar poco grata ⁽¹⁴⁾, su «pasado sentimental» desordenado y las amenazas que comenzaban a pesar sobre la comunidad judía, permitieron que orientara su destino a partir de este encuentro de sanación psíquica. Quienes no han tenido acceso al texto íntegro del diario, tienden a minimizar la importancia de la decisión de febrero de 1941 de someterse a la peculiar psicoterapia de Spier y, sobre todo, al convertirse en su secretaria y amiga, de arriesgarse a añadir un fracaso más a la lista de sus «amoríos». Ingmar Grandstedt, en un libro reciente ⁽¹⁵⁾, ha mostrado extensamente, con inteligencia y finura, el desarrollo de esta relación que fue un desafío para ambos desde el principio: las ambigüedades iniciales, la aparición del deseo, contrariado por la exigencia de fidelidad a otra persona (la prometida de Spier esperaba a éste en Londres y la relación con Han Wegerif era importante para Etty) justo en el momento en que crece la amenaza de deportación, hasta que, por fin, ambos acceden a lo que esta autora llama «ese registro infinito en el que el amor es más fuerte que la muerte y no desea más que la absoluta libertad del otro». ⁽¹⁶⁾

Por nuestros ojos, nuestras manos, nuestras bocas pasa definitivamente una corriente ininterrumpida de ternura en la que el deseo más tenue parece extinguirse. Ya no se trata más que de ofrecer al otro toda la bondad que hay en nosotros. Cada uno de nuestros encuentros es también un adiós. ⁽¹⁷⁾

¡Extraño y fascinante, este Julius Spier! Algunos testigos lo recuerdan como un hombre muy serio que impresionaba profundamente y que ejercía una gran influencia en su profesión de psicoterapeuta ⁽¹⁸⁾. Nacido en Alemania en Frankfort-am-Mein, en 1887, penúltimo de siete hijos, Spier comenzó a trabajar como empleado desde los 14 años en una empresa comercial, Beer Sontheimer, donde terminó accediendo al puesto de director. Su sueño era ser cantante

y frecuentaba los ambientes artísticos, pero una enfermedad le dejó algo sordo. A los 17 años, después de haber leído un artículo de un médico, empezó a interesarse por la quirología: el estudio de la personalidad a través de la morfología, líneas y gestos de las manos.

En 1917, Spier se casó con Hedwig Rocco, no judía y de familia culta: su padre era escritor y editor en Stuttgart. Julius y Hedl tuvieron dos hijos, Ruth y Wolfgang. En 1926, tras veinticinco años de trabajo, Spier dejó los negocios para dedicarse a la quirología. Se formó en Zurich con Carl Gustav Jung, como ya dijimos, que le animó en sus investigaciones. Volvió a Alemania y abrió en Berlín un gabinete. A partir de 1929, daba con éxito cursos y conferencias en Alemania, Suiza y los Países Bajos. En sus clases utiliza proyecciones de huellas de la mano, de las que coleccionó más de un millar. El matrimonio se divorcia en 1934 por petición de la mujer, entre otras razones para proteger a sus hijos, de madre «aria» y de padre judío... En 1939, Spier compró una autorización para emigrar a los Países Bajos y por las mismas fechas se prometió con Hertha Levi, una joven alumna y secretaria que había logrado emigrar a Inglaterra el año anterior. Sus tentativas de reunirse con ella fracasaron y, a finales de 1940, alquiló un pequeño apartamento en Amsterdam, en la calle Courbet 27, a dos pasos de la casa de H. Wegerif. Abrió una consulta y comenzó a impartir cursos. Spier no pudo volver a ver a sus hijos después de 1939. De sus seis hermanos y hermanas, cuatro murieron en Auschwitz o en Sobibor.

Spier era seguidor de Jung y, como él, escogió estar con su paciente en su drama, como un sujeto que participa en el drama del otro sujeto. Su método fue de una gran flexibilidad. La quirología le sirvió de apoyo para el diagnóstico y para la psicoterapia. En seguida le dio a su paciente consejos de higiene física y mental además: empezar el día con ejercicios respiratorios y gimnasia; dedicar un momento para el recogimiento y la escucha interior; poner un orden en las actividades cotidianas a seguir. El esfuerzo de llevar un diario le permitió a la paciente mantener el contacto consigo misma y la lucidez consiguiente. Las conversaciones cada vez más íntimas con Etty Hillesum,

los contactos telefónicos, los intercambios de cartas, los paseos – mientras fueron posible– se convirtieron en algo muy importante para ella. A menudo Etty anota en su diario lo que Spier le dice. Él no tiene secretos para ella. Así empieza a conocerle y toma a su vez conciencia de lo que ella misma vive. Admira su riqueza interior, la calidez de su personalidad, la generosidad con la que se consagra a sus pacientes. Desde el primer encuentro, también detecta sus debilidades y sus luchas íntimas, sobre todo con ocasión de sus ejercicios de lucha cuerpo a cuerpo, que extrañamente formaban parte de su método y que él a veces practicaba, en efecto, para medir las disociaciones interiores de sus pacientes, no sin implicarse en las ambigüedades iniciales. ⁽¹⁹⁾

Fue Julius Spier quien, con su propio ejemplo, inició a Etty en la oración y en la lectura de la *Biblia*. Leía con ella pasajes de *La imitación de Cristo* ⁽²⁰⁾ y le recomendó leer las *Confesiones* de San Agustín. Como Spier había trasladado una parte de su biblioteca a la casa de Wegerif, Etty dispuso de una selección de lecturas de las que no se privó (Kierkegaard, Steiner, Jung y otros). Pero, ¿de dónde le venía, a este autodidacta judío, su conocimiento de la tradición cristiana? Lo ignoramos.

Spier sucumbió a un cáncer de pulmón el 15 de septiembre de 1942, tras varios meses de enfermedad en su apartamento de la calle Courbert. ¡Al día siguiente, la Gestapo se presentó en su domicilio para arrestarlo! Antes de morir, todavía Etty lo pudo ver por última vez porque había regresado a Amsterdam por razones de salud después de dos periodos de trabajo en el campo de Westerbork. En el corazón de la noche del 16 de septiembre, con realismo, se confía a su diario:

Todo lo malo y lo bueno que se puede encontrar en un hombre, se encontraba en ti. Todos los demonios, todas las pasiones, toda la bondad, toda la caridad estaban en ti, gran descifrador, gran buscador y descubridor de Dios. Has buscado a Dios en todas partes, en todos los corazones que se te han abierto –y fueron multitud–, y en todas partes has encontrado una

parcela de Dios. No renunciabas nunca, en las pequeñas cosas te mostrabas muy impaciente, pero en las grandes eras la paciencia misma.

Y unas horas más tarde, su recuerdo del amigo se convierte en oración:

Seguiré viviendo con esa parte del muerto que tiene vida eterna y traeré a la vida lo que, en los vivos, está ya muerto. Así no habrá más que vida, una gran vida universal, mi Dios. ⁽²¹⁾

«Esta vida sorprendentemente buena»

En su última carta desde Westerbork, cuatro días antes de la deportación de la familia Hillesum hacia Auschwitz, que la autoridad de La Haya decidió brutalmente, Etty expresa de nuevo a su amiga María Tuinzing, con una fe paradójica, su admiración ante la vida.

El año pasado éramos jovencuelos sobre esta tierra, María; hoy hemos envejecido un poco. Todavía no somos muy conscientes de que nos hemos convertido en seres marcados por el sufrimiento para siempre. No obstante, esta vida, en su inasible profundidad, es sorprendentemente buena, María, siempre vuelvo a esto. Por poco que hagamos, a pesar de todo, que Dios esté en nosotras como quien está en buenas manos, María... ⁽²²⁾

Los acontecimientos se habían precipitado. Etty Hillesum había tomado decisiones valientes, para las que se había preparado interiormente y que desconcertaban a algunos de sus amigos. Del 15 al 30 de julio de 1942, trabajó en el Consejo judío de Amsterdam, esperando que, un día u otro, la trasladaran o bien al ghetto judío de la ciudad o bien a Polonia. Circulaban rumores sobre las cámaras de gas de Auschwitz, pero Etty siguió creyendo en la versión oficial de la deportación hacia campos de trabajo. Por un momento se planteó un matrimonio de conveniencia con Spier para poder estar con él y ayudarle a afrontar lo peor. ¡«A la vuelta», se lo devolvería a Herta!, pensaba. Pero Spier estaba ya muy grave. A pesar de ello, el 30 de julio, Etty consigue una permuta al campo de tránsito de Westerbork. Las primeras deportaciones habían sido las de los inmigrantes judíos alemanes; ahora les tocaba a los judíos holandeses, empezando por los

más pobres. Esto fue lo que le hizo decidirse a ir a ayudarlos, a pesar de la insistencia de sus amigos, que la querían ayudar a esconderse. Ciertamente ella sabía que sus padres irían a parar a Westerbork, con su hermano Mischa, al que hasta entonces había protegido su status de «judío culto». (23)

De un periodo de 13 meses, Etty sólo vivió alrededor de cinco, en total, en el campo de Westerbork. Primero pasó tres estancias trabajando, de 15 días cada una, interrumpidas por viajes a Amsterdam para hacer alguna gestión y seguramente también por razones de salud. Su tercera visita se prolongó desde el 5 de diciembre de 1942 hasta el 5 de junio de 1943. En febrero, la hospitalizaron debido a un cálculo biliar, pero no quisieron operarla. Después volvió a su pequeña habitación en casa de Wegerif. ¡Estaba muy contrariada por no poder volver a Westerbork! Quince días después de dejar Amsterdam por última vez, hubo en la ciudad una gran redada. La policía judía del campo de Westerbork se vio obligada a participar. Entre los 5.524 nuevos prisioneros, estaba el matrimonio Hillesum y su hermano Mischa. El cerco se cerraba sobre todos ellos. El 5 de julio del 43, las autoridades alemanas decidieron acabar con el status privilegiado de unos 120 miembros del Consejo judío que estaban en Westerbork. La mitad tuvo que volver a la sede, los demás, permanecieron en arresto domiciliario, sin libertad para circular. Etty eligió quedarse en el campo. Se le retiró su carnet de identidad. Perdió así el derecho de pisar el suelo holandés. Las fuerzas que le quedaban las consagró a aliviar todo dolor.

A partir de aquí, las «cartas de Westerbork» toman el relevo pues el diario que Etty continuó escribiendo desde octubre del 1942 no nos ha llegado. Sus últimos cuadernos desaparecieron en su mochila rumbo al Este. Sus cartas no son sólo la crónica y la descripción de la vida cotidiana en esta antecámara del horror sino que nos aportan el eco de su vida profunda. La configuración de los lugares, las alambradas, la construcción apresurada de nuevos barracones, la masificación y la indigencia resultante, la ansiedad que precede y acompaña la salida de los trenes de deportados cada martes, la llegada al campo

de personas en condiciones deplorables, detenidas en plena noche o transferidas brutalmente desde los campos penitenciarios de Vught y de Ellecom. Todos estos relatos de una catástrofe humana sin precedentes sobrecogen el corazón terriblemente. Y, sin embargo, de ellos se desprende también una extraordinaria impresión de humanidad, de fraternidad en estado puro. Etty Hillesum está allí, tejiendo nuevos lazos de amistad entregada, atenta al dolor que la circunda, tierna hacia sus padres, a quienes hace discretos favores: agua caliente para té o una recopilación de textos del Maestro Eckhart para su padre. Etty está allí con su Dios, al que reza día y noche. Con los Salmos, con Rilke. Con sus amigos que están «en la retaguardia», en Amsterdam o en La Haya. Les pide ropa, mantequilla, medicamentos para su madre, calzado para una joven; agradece los paquetes que son además lazos afectivos.

Su vida interior, tal y como la reflejaba su diario a lo largo de veinte meses, desde el día en que llamó a la puerta de Spier, preparó a Etty para la dramática experiencia de Westerbork. Escapó de la depresión encontrando su «centro», superando sus contradicciones, sus deseos de posesión, sus celos. Tendía hacia la vida simple, hacia lo esencial. Alejó de su corazón todo sentimiento de odio, de rebelión incluso. Había asumido su soledad y no paraba de sentir, a pesar de la angustia y de la tristeza que a veces la asaltaban, cómo la vida era bella, llena de sentido, a pesar de todo. Había integrado el sufrimiento y la muerte en su forma de comprender la vida en su totalidad⁽²⁴⁾. Spier liberó en ella sus propias fuerzas creativas. «Soy el ser humano más feliz de toda Europa y toda Asia»⁽²⁵⁾, le declaró en aquel domingo de junio del 42 cuando paseaba con él en las últimas horas apacibles de sus vidas. Aquel domingo en que la guerra causaba estragos precisamente en Europa y Asia. Etty libraba otro combate cara a lo que se avecinaba: disminuir el odio y aumentar el amor entre los hombres. Unos días antes de su traslado a Westerbork, el 22 de julio del 42, constataba:

Estoy agradecida, sobre todo, por no sentir en mí ni rencor ni odio, sino una gran aceptación, muy diferente de la resignación, y una forma de

comprensión de nuestra época, por extraño que esto parezca... Hay que comprender esta época como se comprende a la gente; después de todo, somos nosotros los que la formamos. Nuestra época es lo que es, y nos toca a nosotros comprenderla tal como es, a pesar del espanto que quizás nos inspire a veces su espectáculo. Estoy en un camino interior propio, cada vez más simple, cada vez más despojado y, sin embargo, pavimentado de benevolencia y de confianza. ⁽²⁶⁾

Etty no tendrá otra preocupación en sus idas y venidas de un barracón a otro, bajo el sol o en medio del barro del campo, ni tampoco cuando, por un intersticio del vagón de mercancías que la llevaba hacia su destino, junto con «su pueblo», cuela una última carta a Cristine Van Nooten, una maestra amiga de la familia:

Cristina, abro la Biblia al azar y encuentro esto: “el Señor es mi cámara alta” (...) Hemos dejado el campo cantando, papá y mamá muy tranquilos y valientes, Mischa también. Vamos a viajar tres días. Gracias por tus buenos cuidados. ⁽²⁷⁾

Lo importante, no era ya salvar su pellejo sino la manera de sobrevivir y de morir. La fuerza espiritual había aumentado en ella resueltamente, como atestiguan estas líneas del 17 de septiembre del 42:

Ciertamente es mejor que hayas llevado mi cuerpo a gritar «¡alto ahí!», mi Dios. Tengo que recuperar completamente la salud para llevar a cabo todo lo que me espera. ¿O esto es sólo una visión convencional más? Incluso un cuerpo enfermo, no impedirá al espíritu continuar funcionando y dando sus frutos. Ni de seguir amando, de escucharse a sí mismo, a los otros, de la lógica de esta vida, y de ti. *Hineinhorchen*, «escuchar el interior», me gustaría disponer de un verbo holandés para expresar esto mismo. De hecho, mi vida no es otra cosa que una escucha continua «en el interior» de mí misma, de los otros, de Dios. Y cuando digo que escucho «en el interior», en realidad es más bien Dios en mí el que está escuchando. Lo más esencial y lo más profundo en mí, escucha la profundidad del otro. Dios escucha a Dios. (VB, p. 207)

La lectura del diario y de las cartas de Etty Hillesum, me parece conmovedora de humanidad. Esta joven «que supo arrodillarse» ⁽²⁸⁾ «perdió» su vida, sin embargo rica y plena de sentido. Por eso nos dejó unos textos que no pasarán.

NOTAS

(¹) S. Germain, *Etty Hillesum*, París, 1999, p. 13-14.

(²) ENG (*Etty: de Nagelaten Geschriften*), p. 572. He seguido el texto holandés, y dejado la traducción de Ph. Noble, VB (*Une Vie Bouleversée*), 234.

(³) *Trois lettres du peintre Johannes Baptista Van der Pluym (1843- 1912)*. Las dos cartas primeras iban precedidas por una biografía del artista y seguidas por una tercera, escritas por el periodista de la resistencia David Koning para camuflar así la realidad. Con una tirada de 100 ejemplares, este texto se vendió para ayudar a las familias judías que vivían en la clandestinidad. Cfr. ENG, Introducción de Klaas Smelik, p. xvi.

(⁴) Édition Balans, 3^a ed., revisada y corregida en abril de 1991.

(⁵) La primera traducción aparecida en EE.UU. es de 1984. En Mayo del 2002 ha aparecido en la americana Wm. B. Eerdmans una traducción inglesa de la obra integral por A. P. Pomerans, a cargo de Klass Smelik.

(⁶) Desde el 15 de septiembre de 1941, un decreto de Seyss-Inquart prohibía a los judíos acudir a los mercados, en ciertos lugares públicos, como parques y restaurantes. Desde junio del 42, se les aplicaban las leyes de Nuremberg. Se les prohibía circular en bicicleta, utilizar los transportes públicos, telefonar y entrar en una casa no judía...

(⁷) Jung publicó, en enero de 1944, bajo el título de *El hombre en busca de su alma*, una recopilación de estudios entre los que destaca un texto de 1934, titulado: "Reconquista de la conciencia". «Los grandes acontecimientos de la historia del mundo son, en el fondo, profundamente insignificantes –escribía–. Sólo es esencial, en último análisis, la vida subjetiva del individuo. Sólo ella hace la historia. En ella es donde acontecen en primer lugar las grandes transformaciones". *Op. Cit.* p.74. Traducción al francés del Dr R. Cahen, Payot 1962.

(⁸) VB, p. 166, 9 julio 1942.

(⁹) VB, p. 45, 4 de agosto 1941.

(¹⁰) VB, p. 183 y 52.

(¹¹) Prefacio a la edición francesa, París, Seuil, 1995, p. I.

(¹²) Carta de Westerbork a Henny Tideman, 18 agosto 1943, V.B., p. 317.

(¹³) Ver Evelyne Frank: *E. H. y su busca de la felicidad, un camino inesperado* Labor et Fides, 2002. La autora, doctora en teología por la universidad de

Estrasburgo, investiga los cimientos de la cultura judía en el camino espiritual de Etty y ha sometido su texto al rabino Alain Weil.

(¹⁴) La relación entre los padres de Etty era tempestuosa, su hermano Mischa, pianista de talento, padecía esquizofrenia y estaba en tratamiento. Y su otro hermano, Jaap, era también psíquicamente frágil.

(¹⁵) *Retrato de E. H.*, Desclée de Brouwer, París, 2001.

(¹⁶) I. Granstedt, p. 118.

(¹⁷) VB, p. 157, 6 julio 1942.

(¹⁸) Abel Herzberg, entrevista con W. Ramaker: “Querría ser un bálsamo para tantas llagas: reacción a las cartas y al diario de E.H.”, edición Balans, Amsterdam 1989, p. 12.

(¹⁹) “Cuerpo y alma son uno”, le decía. Y también, haciendo un gesto que iba de la cabeza al corazón: “lo que está ahí tiene que llegar aquí”.

(²⁰) Libro de la «devoción moderna», obra de Tomás de Kempis, hoy en día caído en el olvido y que merecería una revalorización con buen sentido histórico. La “devoción moderna” fue un movimiento iniciado por Geert Groote (1340-1384) en Deventer, al tiempo que la comunidad llamada “Hermanos de la vida común”, que jugó un gran papel en la cultura de la alta edad media. G. Groote enseñaba la importancia de prestar atención a la presencia de Dios en la vida cotidiana, una espiritualidad práctica, interior y centrada en Cristo. Este movimiento ejerció una gran influencia en Tomás de Kempis, que influyó a su vez en Erasmo y en Lutero. Casualmente, la familia Hillesum vivía en la calle Geert Groote en Deventer.

(²¹) VB, p. 204 y 207.

(²²) VB, p. 343.

(²³) Jaap, su hermano médico, trabajaba en el Hospital judío de Amsterdam. Llegó a Westerbork después de la deportación de su familia y lo deportaron a Bergen-Belsen en febrero de 1944. Murió de tifus tras la liberación del campo por los soldados rusos el 17 abril 1945.

(²⁴) VB, p.146-147.

(²⁵) ENG, p. 464.

(²⁶) VB, p. 187.

(²⁷) VB, p. 345.

(²⁸) “La joven que no sabía arrodillarse” es el título que Etty quería poner a un ensayo en que pensaba aprovechar partes de su diario.

